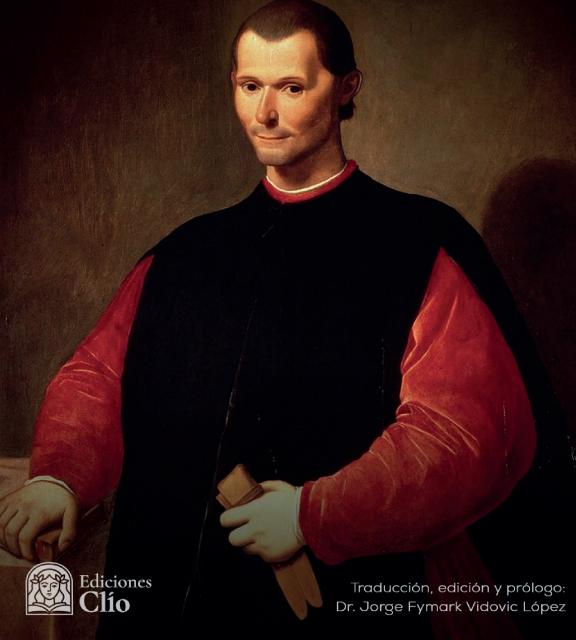
EL PRÍNCIPE NICOLÁS MAQUIAVELO



Nicolás Maquiavelo

EL PRÍNCIPE

Edición y Prólogo. Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Fundación Ediciones Clío

Maracaibo, 2025

El Príncipe

Nicolás Maquiavelo (autor). @Ediciones Clío



Octubre de 2025

Maracaibo, Venezuela 1ra edición

Depósito LegaL: ZU2025000373

ISBN(Amazon): 979-8272360274

Diseño de portada: Janibeth Maldonado Diagramación: Julio César García Delgado

Traducción al español del Dr. Jorge Fymark Vidovic López; edición y sello editorial: Ediciones Clío. Esta publicación se ha preparado a partir del texto italiano de *Il Principe* de Niccolò Machiavelli, cotejado minuciosamente con un ejemplar digitalizado en italiano adjunto por el editor. Durante la preparación se verificaron títulos, capitulados y pasajes característicos — en particular el Prólogo "Al Magnífico Lorenzo de' Medici", el índice y los capítulos XV–XXVI—, conservando la periodización, el léxico político original y un pulso castellano sobrio y preciso. La obra de Maquiavelo, compuesta a comienzos del siglo XVI y publicada por primera vez en 1532, pertenece al dominio público mundial. Además, la edición italiana decimonónica utilizada (1842) constituye una fijación anterior a los regímenes modernos de derecho de autor, lo que refuerza su condición de dominio público. No obstante, esta edición incorpora una traducción íntegra y original, revisión filológica, posible aparato de notas y maquetación específicos, que constituyen una obra derivada protegida.

© 2025, Dr. Jorge Fymark Vidovic López y Ediciones Clío. Todos los derechos reservados para la traducción y los materiales editoriales de la presente edición, publicada en esta colección.exclusiva responsabilidad de los autores

El Príncipe / Nicolás Maquiavelo (autor). Jorge Fymark Vidovic López (edición y prólogo).

-1ra edición digital - Maracaibo (Venezuela) Fundación Ediciones Clío . 2025.

pp: 54

ISBN:

1. Maquiavelo 2. Virtù. 3. Realismo político. 4. Poder. 4. Estado

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

El Príncipe de Nicolás Maquiavelo es un tratado fundacional del pensamiento político moderno que rompe con la moral tradicional para analizar el poder desde la realidad efectiva. Escrito en pleno Renacimiento italiano, ofrece una guía pragmática sobre cómo adquirir, conservar y ejercer el gobierno, distinguiendo entre principados hereditarios y nuevos, y subrayando la importancia de las armas propias, la prudencia y la capacidad de adaptación. Maquiavelo defiende una ética funcional donde la apariencia de virtud puede ser más útil que la virtud misma, siempre que el fin sea la estabilidad del Estado. Esta edición recupera la claridad y fuerza del texto original para el lector contemporáneo.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López https://orcid.org/0000-0001-8148-4403

Director Editorial

https://www.edicionesclio.com/

Índice general

Prólogo7
Al magnifico lorenzo de Médicis11
Capítulo I. De las especies de principados y los modos de adquirirlos 13
Capítulo II. De los principados hereditarios13
Capítulo III. De los principados mixtos14
Capítulo IV. Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se rebeló contra los sucesores de Alejandro tras su muerte17
Capítulo V. De qué modo hay que gobernar las ciudades o principados que, antes de ser ocupados, vivían con sus propias leyes18
Capítulo VI. De los principados nuevos que se adquieren con armas propias y virtud19
Capítulo VII. De los principados nuevos que se adquieren con fuerza ajena y por fortuna21
Capítulo VIII. De los que llegaron al principado por crímenes23
Capítulo IX. Del principado civil25
Capítulo X. Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados 27
Capítulo XI. De los principados eclesiásticos28
Capítulo XII. De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios30

Capítulo XIII. De los soldados auxiliares, mixtos y propios31
Capítulo XIV. De lo que incumbe al príncipe respecto de la milicia .32
Capítulo XV. De las cosas por las cuales los hombres —y muy especial- mente los príncipes— son alabados o vituperados34
Capítulo XVI. De la liberalidad y la miseria35
Capítulo XVII. De la crueldad y la piedad, y si es mejor ser amado que temido36
Capítulo XVIII. De qué modo deben los príncipes guardar la fe38
Capítulo XIX. De cómo se debe evitar el ser despreciado y odiado39
Capítulo XX. Si las fortalezas y otras muchas cosas que suelen hacer los príncipes son útiles o dañinas41
Capítulo XXI. Cómo debe comportarse un príncipe para ser estimado43
Capítulo XXII. De los secretarios (o ministros) del príncipe44
Capítulo XXIII. Cómo huir de los aduladores45
Capítulo XXIV. Por qué los príncipes de Italia perdieron sus Estados46
Capítulo XXV. Cuánto puede la fortuna en las cosas humanas y de qué modo oponerse a ella47
Capítulo XXVI. Exhortación para liberar a Italia de los bárbaros49
Enílogo editorial

Prólogo

Leer *El Príncipe* es asistir al momento en que Europa abandona definitivamente el andamiaje medieval para pensar el poder con categorías terrenales. Maquiavelo, secretario de la Cancillería florentina y testigo de la inestabilidad italiana—guerras, ligas cambiantes, entradas y salidas de potencias extranjeras—, escribe un libro breve y afilado que sustituye la exhortación moral por el examen de causas y efectos. Su propósito no es consolar, sino comprender: dejar a un lado "lo que debería ser" y mirar "la verdad efectiva de la cosa". En esa mudanza reside su novedad histórica y su perdurable escándalo.

El autor no improvisa. Su formación humanista y su práctica diplomática le dieron un conocimiento de la historia—romana y reciente—extraordinariamente operativo. De Tito Livio toma la anatomía de las instituciones; de Plutarco y Valerio Máximo, el repertorio de acciones ejemplares; de Jenofonte, la pedagogía del mando. Ese caudal no es erudición decorativa: es método. Al yuxtaponer Roma y su tiempo (Ciro junto a César Borgia, Aníbal frente a Escipión, el Turco frente a la Francia de barones), Maquiavelo descubre regularidades que permiten inferir reglas: dónde es más difícil conquistar y más fácil conservar; por qué "todos los profetas armados vencieron y los desarmados perecieron"; en qué condiciones las ciudades libres solo se conservan "destruyéndolas" o residiendo en ellas; cómo el odio nace del toque sobre haciendas y mujeres y por qué la severidad, aplicada una vez y bien, puede ser más "piadosa" que la clemencia disolvente. La historia—entendida como laboratorio comparado—le autoriza a deducir principios de alcance general.

Este realismo no es cinismo. La palabra clave no es crueldad, sino *virtù*: la capacidad de fundar órdenes nuevos, de anticipar contingencias, de tomar la iniciativa contra la fortuna. Frente a quienes declaran

el mundo abandonado a la suerte, Maquiavelo sostiene que la fortuna gobierna "la mitad o poco menos" y que la otra mitad corresponde al arte político: levantar diques antes de la avenida, crear milicias propias, disciplinar la corte, gobernar la opinión. Aquí, otra vez, el saber histórico importa: quien conoce los modos por los que cayeron otros—mercenarios, neutralidades ruinosas, indecisión—aprende a no repetirlos. Por eso los príncipes italianos que perdieron sus Estados encarnan, para el autor, un catálogo de errores previsibles.

El libro puede leerse como una gramática del poder en tres movimientos. Primero, la tipología de los principados y sus vías de adquisición: hereditarios, nuevos, mixtos; por armas propias o ajenas; por virtud, fortuna o crimen. Segundo, la ingeniería de la conservación: leyes y armas, colonias y guarniciones, alianzas, administración del odio y del desprecio, manejo del consejo. Tercero, una ética funcional del mando, donde la apariencia de virtud (piedad, fidelidad, religión) se reconoce útil, pero subordinada al fin de la seguridad común. El príncipe "debe saber no ser bueno" cuando la supervivencia del Estado lo exige, pero también debe evitar el odio: el límite, aquí, no lo fijan sermones abstractos, sino un cálculo sobrio de consecuencias políticas. No hay indulgencia con la violencia caprichosa ni con la rapiña: ambas destruyen el cimiento del mando.

La vigencia contemporánea del libro no nace de su "maldad", sino de su lucidez para distinguir entre reputación y poder efectivo, entre legalidad y fuerza, entre amores volubles y temores constantes, entre instituciones y hombres. Allí donde el mundo político se llena de eslóganes morales, *El Príncipe* recuerda que la estabilidad descansa en decisiones difíciles: formar capacidades propias y no alquilarlas; elegir bandos y no refugiarse en neutralidades cómodas; premiar públicamente el mérito y castigar con justicia visible; preparar en la paz lo que se ejecutará en la guerra; hablar con pocos y escuchar la verdad a tiempo. En cada una de esas sentencias late una lección histórica depurada de retórica.

Esta traducción busca servir a esa claridad: respetar el pulso del italiano, conservar su léxico técnico (virtud/fortuna, "gobierno de pocos", "estirpe", "apariencia"), devolver nitidez a los ejemplos y restituir el orden

de los remedios. El lector hallará un Maquiavelo menos proverbial y más analítico, menos caricatura y más artesano de conceptos. Quien llegue desde la política práctica reconocerá, quizá con inquietud, que muchas "novedades" de hoy ya estaban pensadas: la centralidad de la logística y de los recursos, la gestión de expectativas y símbolos, la economía del castigo, la arquitectura del consejo, el peligro de las dependencias estratégicas. Quien venga desde la historia advertirá cómo el autor convierte los *exempla* en hipótesis verificables y los contrasta con la experiencia de su siglo.

Si algo enseña El Príncipe para nuestro presente es que el remedio contra los proyectos totalitarios no es retórico, sino técnico. Maquiavelo prescribe armas propias —hoy: instituciones profesionales, justicia imparcial, finanzas y fuerzas del orden sujetas a la ley— y desconfía de mercenarios y auxiliares: dependencias de milicias partidistas, plataformas informativas opacas o poderes externos que, venciendo, te esclavizan. Advierte, además, que la opinión se gobierna con apariencia y resultados: prometer poco, cumplir con puntualidad y no tocar la hacienda ni humillar la dignidad del ciudadano; ahí nace la verdadera fortaleza, pues "la mejor fortaleza es no ser odiado". Frente a la arbitrariedad, rige su regla de oro: si la severidad es necesaria, una sola vez y con causa manifiesta; los beneficios, poco a poco.

El Estado debe "residir" donde duelen los problemas —presencia efectiva, no eslóganes—, y tomar partido frente a quien lo descompone: las neutralidades son ruinosas. Maquiavelo pide prever en paz lo que estallará en guerra: levantar diques —leyes aplicadas, abastecimiento, información verificada— antes de la avenida de la fortuna. Y recuerda que las conjuraciones solo prosperan donde el pueblo no ve defendido su bien; por eso la tarea del gobernante libre es conservar sin odio, decidir sin tardanza y fundar capacidades propias. Ese realismo sobrio sigue siendo, cinco siglos después, la gramática básica de la libertad.

Quinientos años después, el dilema sigue en pie: ajustar el propio modo al tiempo que corre. Maquiavelo, que sabía de derrotas y retornos, aconsejó ser "impetuoso" cuando el tiempo lo pide, y "respetuoso" cuando conviene; sobre todo, aconsejó saber cambiar. Esa plasticidad, funda-

da en el conocimiento de la historia, es su mejor legado. Si el lector, al cerrar estas páginas, comprende por qué algunas repúblicas se salvan y otras caen, por qué ciertos príncipes envejecen en el trono y otros arden en un verano, este prólogo habrá cumplido su función: allanarle la entrada a un clásico que aún piensa por nosotros.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López https://orcid.org/0000-0001-8148-4403 Director Editorial https://www.edicionesclio.com/

Al magnifico lorenzo de Médicis

Los que buscan ganarse el favor de un príncipe suelen presentarse ante él con aquello que tienen por más precioso entre sus bienes, o con lo que juzgan que más ha de agradarle; de ahí que con frecuencia se le ofrezcan caballos, armas, brocados, piedras preciosas y otros ornamentos dignos de su grandeza. Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi devoción, no he hallado entre mis enseres nada que tenga por más caro, ni que tanto estime, como el conocimiento de las acciones de los hombres grandes, adquirido por mí mediante una larga experiencia de las cosas modernas y una lectura continua de las antiguas. Estas reflexiones, que durante largo tiempo he meditado y examinado con diligencia, y que ahora he reducido a un breve volumen, las envío a Vuestra Magnificencia.

Y aunque juzgo esta obra indigna de presentarse ante Vuestra Magnificencia, confío sin embargo en que, por su humanidad, le será aceptable, considerando que no puedo hacerle mayor don que darle la posibilidad de entender, en brevísimo tiempo, cuanto yo he conocido en muchos años y a costa de tantos trabajos y peligros. Esta obra no la he adornado ni rellenado con cláusulas extensas, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquiera lisonjas u ornamentos extrínsecos con que muchos suelen engalanar sus escritos; porque he querido que no la honre cosa alguna, o que sólo la variedad de la materia y la gravedad del asunto la hagan grata.

Tampoco quiero que se tenga por presunción que un hombre de humilde condición se atreva a examinar y juzgar los gobiernos de los príncipes; porque, así como quienes dibujan paisajes se sitúan en el llano para contemplar mejor los montes y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano suben a las montañas, del mismo modo, para conocer bien la naturaleza de los pueblos conviene ser príncipe, y para conocer la de los príncipes conviene pertenecer al pueblo.

Acoja, pues, Vuestra Magnificencia este modesto obsequio con el mismo ánimo con que yo lo ofrezco; y si lo lee y medita con atención, reconocerá en él mi vivísimo deseo: que Vuestra Magnificencia alcance la grandeza que la fortuna y sus virtudes le prometen. Y si alguna vez, desde la cumbre de su altura, vuelve la vista hacia este llano, comprenderá cuán injustamente soporto una dura y constante inclemencia de la fortuna.

Capítulo I. De las especies de principados y los modos de adquirirlos

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido o ejercen imperio sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados. Los principados son o hereditarios, cuando en ellos ha reinado largamente una misma estirpe, o nuevos. Los nuevos, o lo son por completo —como lo fue Milán para Francisco Sforza—, o son miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere —como lo es el reino de Nápoles para el rey de España—. Estos dominios así adquiridos están acostumbrados o bien a vivir bajo un príncipe, o bien a vivir libres; y se adquieren con armas propias o ajenas, por fortuna o por virtud.

Capítulo II. De los principados hereditarios

Dejaré a un lado las repúblicas —ya tratadas por mí en otra ocasión— y me ocuparé solo de los principados, para mostrar cómo se gobiernan y conservan. En los principados hereditarios, donde la casa del príncipe ha reinado largo tiempo, mantener el Estado es más fácil que en los nuevos: basta con no apartarse de las costumbres de los antepasados y contemporizar después con los sucesos. Por eso el príncipe natural tiene menos motivos y menor necesidad de ofender; de donde se sigue que, salvo vicios extraordinarios que lo hagan odioso, es razonable que sea amado por sus súbditos. Además, la antigüedad y continuidad del dominio apagan casi por completo los recuerdos y las causas de innovación; porque todo cambio deja siempre esquirlas con que edificar el siguiente, y en los Estados antiguos esas esquirlas apenas subsisten.

Tenemos en Italia el ejemplo del duque de Ferrara, que resistió a los venecianos en 1484 y luego al papa Julio (II) en 1510, no por otra razón sino por ser antiguo en aquel dominio. Así, quien es despojado de un principado hereditario lo recobra con facilidad a la primera ocasión en que el ocupante se vea en apuros; y, despojado el usurpador, por mala fama que haya dejado el príncipe natural, suele reinstalarse.

Capítulo III. De los principados mixtos

§1

Las verdaderas dificultades están en los principados nuevos que se agregan a un Estado ya antiguo (los llamados mixtos). Estos dominios adquiridos son o de la misma provincia y lengua que el Estado conquistador, o de provincia y lengua diferentes.

§2

Cuando el territorio agregado comparte idioma y costumbres —y no está habituado a vivir libre— su conservación es muy fácil: basta con extinguir la línea del príncipe que lo gobernaba, y mantener sus leyes y tributos. Así se vio en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía unidas desde antiguo a Francia: aun con alguna diferencia de lengua, la semejanza de costumbres y el respeto de las ventajas previas pacificaron a los habitantes, y en brevísimo tiempo el Estado añadido llega a ser un mismo cuerpo con el conquistador.

§3

Pero cuando el territorio agregado difiere en idioma, costumbres y organización, entonces nacen las dificultades. Para conservarlo se requiere gran fortuna y mucha virtud (capacidad política). El remedio más eficaz es que el príncipe vaya a vivir allí: con su residencia ve nacer los desórdenes, puede remediarlos con prontitud, y el nuevo Estado no es saqueado por sus ministros. Es el ejemplo del Turco en Grecia: de no haberse establecido, difícilmente la habría retenido, por más disposiciones que hubiera tomado desde lejos.

\$4

Si no puede residir, el segundo remedio es enviar colonias a uno o dos puntos que sean nervio del nuevo Estado: son baratas, fieles y ofenden poco (solo a los desposeídos, que siendo pocos no pueden vengarse); en cambio, mantener guarniciones numerosas resulta caro, odioso y dañino: todo el país sufre con el alojamiento de tropas, y, volviéndose enemigos, tan pronto como puedan se inclinarán al primer agresor que les ofrezca amparo. De ahí que las colonias sean mejor instrumento que las guarniciones para conservar territorios disímiles.

§5

Quien conquista una provincia diferente en idioma y costumbres debe, además, hacerse cabeza y defensor de los más débiles, procurando debilitarlos sin ofenderlos, y abatir a los poderosos que puedan perjudicarle; y, sobre todo, no permitir que entre en ella una potencia extranjera con igual o mayor fuerza que la suya. Porque los descontentos —movidos por ambición o miedo— abrirán siempre las puertas al forastero; y una vez dentro, no es fácil expulsarlo. Así se vio cuando los romanos llamaron a su favor a algunos pueblos: entraban invitados, y, una vez instalados, no salían sino señores.

\$6

Conviene, pues, que el príncipe que entra en una provincia diferente viva en ella o, si no puede, coloque colonias en los lugares más nerviosos de la región; favorezca a los menores sin despertar odio, destruya o someta a los más poderosos, y no deje cabida a un tercero. Porque cuantos, por envidia o temor, le cedieron el paso, se vuelven luego sus enemigos, y no podrá contentarlos ni destruirlos a todos sin riesgo. Por eso, la mejor política en territorios disímiles es residencia o colonias, y cerrar la puerta a cualquier potencia que pretenda entrar como "auxiliadora".

§7

Sirva de ejemplo Francia en Lombardía: Luis XII ocupó con facilidad Milán, y con la misma facilidad lo perdió, porque las gentes que le abrieron las puertas, engañadas en la esperanza, no soportaron las cargas del nuevo señor. Es verdad que, recuperado el Estado la segunda vez, se pierde con más dificultad, pues el príncipe, tomando ocasión de la rebelión, castiga a los culpables, fortifica a los vacilantes y asegura los puntos débiles. Con todo, si no se observan los preceptos anteriores, el dominio vuelve a escaparse.

\$8

Cuando un príncipe se apodera de una provincia distinta, si en ella hay príncipes menores que la gobernaban, mientras subsistan sus linajes y la memoria de su antiguo poder, el conquistador tendrá continuas inquietudes; mas si extingue esas casas, el recuerdo se apaga y el dominio se consolida. Esto explica por qué Alejandro conservó con facilidad el reino de Dario: muerto el rey y su sangre, no quedó quién pudiese convocar al país contra el vencedor; en cambio, donde subsisten señoríos y facciones como en Francia, la posesión nunca es quieta hasta que se apagan esas memorias.

§9

De todo ello se sigue que los errores de Francia en Italia fueron cinco:

- Extinguir la casa de los Venecianos no era preciso; hubiera bastado debilitarlos sin destruirlos del todo (pues pudo aprovecharlos como contrapeso).
- Fortaleció en exceso a la Iglesia.
- Introdujo en Italia a una potencia extranjera muy fuerte (España).
- No se estableció a vivir en el país.
- No fundó colonias.

Estos desaciertos, acompañados de no haber abatido a los más poderosos ni protegido a los menores, explican que perdiera lo que tan fácilmente había ganado.

§10

Si Francia hubiera observado estas reglas —no dejar entrar terceros, mantener débiles a los fuertes, proteger a los pequeños, residir o sembrar colonias— habría conservado Lombardía; y de haber actuado como los romanos, que jamás dejaban entrar a un aliado poderoso sin quedar dueños de él, no habría perdido Italia. Porque los romanos, en sus conquistas, abatían a los grandes, sostuvieron a los menores sin permitir crecimiento peligroso, y no admitieron fuerzas ajenas que no estuvieran bajo su mano.

Capítulo IV. Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se rebeló contra los sucesores de Alejandro tras su muerte

Consideradas las dificultades propias de conservar un Estado recién adquirido, podría alguien admirarse de que Alejandro Magno, en pocos años, se hiciera señor de Asia y, apenas ocupada, muriese; parecería razonable que todo el Estado se rebelase; sin embargo, sus sucesores lo conservaron, y no tuvieron otra dificultad sino la que, por su propia ambición, nació entre ellos. Respondo: los principados de que se tiene memoria se hallan gobernados de dos modos:

o bien por un solo príncipe y todos los demás son siervos, que, como ministros por gracia y concesión suya, ayudan a gobernar;

o bien por un príncipe y por barones, que, no por favor del señor sino por antigüedad de linaje, ocupan su grado y tienen Estados y súbditos propios que los reconocen por señores y les profesan afección natural.

En los Estados que se gobiernan por príncipe y siervos, el príncipe tiene mayor autoridad, porque en toda la provincia nadie reconoce superior sino a él; si se obedece a otro, se le obedece como ministro, sin particular afecto. Ejemplos de estos dos gobiernos, en nuestros tiempos, son el Turco y el rey de Francia: toda la monarquía del Turco está regida por un solo señor; divide su reino en sanjacados, nombra y remueve administradores a su antojo. En cambio, el rey de Francia está rodeado de antiguos señores reconocidos y amados por sus súbditos, con prerrogativas que el rey no puede arrebatarles sin peligro.

De aquí se sigue que es difícil conquistar el Estado del Turco, pero fácil conservarlo una vez vencido: como todos obedecen al príncipe, extinguida la estirpe del señor, no queda a nadie en quien apoyarse para levantar rebeliones; mas, en un reino como el de Francia, hay múltiples señores que conservan memoria y arraigo propio: es fácil entrar con la ayuda de alguno de ellos, pero muy difícil conservar lo conquistado; y, aunque se extinga la estirpe del príncipe anterior, quedan los barones

que se alzan en cuanto se les presenta ocasión.

Por todo ello no debe extrañar la facilidad con que Alejandro conservó Asia (organizada a la manera del Turco), y la dificultad que han tenido otros —como Pirro y tantos— para conservar lo adquirido en tierras de baronías: no depende de mayor o menor virtud del conquistador, sino de la naturaleza de lo conquistado.

Capítulo V. De qué modo hay que gobernar las ciudades o principados que, antes de ser ocupados, vivían con sus propias leyes

Cuando los Estados que se adquieren están acostumbrados a vivir con sus propias leyes y en libertad, hay tres modos de conservarlos:

primero, destruirlos;

segundo, ir a residir en ellos;

tercero, dejarlos vivir con sus leyes, imponiéndoles un tributo y estableciendo en su seno un gobierno de pocos que te conserve la amistad del país. Ese gobierno, creado por el príncipe, sabe que no puede sostenerse sin tu favor y poder, y hará todo por mantenerte el Estado. En verdad, si se quiere preservar una ciudad acostumbrada a la libertad, se la mantiene mejor por medio de sus propios ciudadanos que de cualquier otra forma.

Sirvan de ejemplo espartanos y romanos. Los espartanos mantuvieron Atenas y Tebas estableciendo gobiernos de pocos, y aun así las perdieron. Los romanos, para conservar Capua, Cartago y Numancia, las arrasaron y no las perdieron. Quisieron tener Grecia como los espartanos, dejándole sus leyes y libertad, y no les resultó; de modo que se vieron forzados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para conservarla. Porque, en suma, no hay modo seguro de poseer una ciudad acostumbrada a vivir libre sino destruirla. Quien se haga dueño de una ciudad tal y no la destruya, espere ser destruido por ella: pues en

cualquier rebelión hallará refugio en el nombre de la libertad y en sus antiguos estatutos, cuya memoria el tiempo y los beneficios no hacen olvidar si sus habitantes no se dispersan. Así lo mostró Pisa tras casi un siglo bajo el yugo florentino.

En cambio, cuando las ciudades o provincias están habituadas a vivir bajo un príncipe y, por extinción de su linaje, queda vacante el gobierno, como los habitantes están acostumbrados a obedecer, y ni concuerdan para elegir a uno entre ellos ni saben vivir en libertad, ni se resuelven a tomar las armas contra el invasor, fácilmente las conquista y conserva un nuevo príncipe. En las repúblicas, por el contrario, hay más vida, más odio y ansias de venganza: el recuerdo de la antigua libertad no les concede reposo; por eso el mejor camino es destruirlas o residir en ellas.

Capítulo VI. De los principados nuevos que se adquieren con armas propias y virtud

No extrañe nadie que, al tratar de los principados de nueva creación y de aquellos en que sólo es nuevo el príncipe, recurra a ejemplos ilustres. Los hombres siguen casi siempre los caminos abiertos por otros y se esfuerzan en imitar sus acciones. Y aunque no es posible calcar del todo la senda ajena ni alcanzar la perfección del modelo, conviene a todo hombre prudente entrar por las huellas de los grandes e imitar a quienes fueron excelsos: como hacen los arqueros expertos que, al tirar a un blanco lejano y conocer el alcance de su arco, apuntan más alto de lo propuesto, no para rebasarlo, sino para dar en él gracias a la elevación de la puntería.

Los principados enteramente nuevos—con príncipe nuevo—son más o menos difíciles de conservar según sea mayor o menor la virtud (capacidad) de quien los adquiere. Y puesto que llegar de la nada al principado presupone virtud o fortuna, es verosímil que una u otra allane parte de las dificultades; con todo, quien menos confió en la fortuna se mantuvo siempre más tiempo.

Entre quienes llegaron por virtud, los más preclaros fueron Moisés, Ciro, Rómulo y Teseo. Y aunque Moisés fuese mero ministro de la voluntad divina, merece admiración por la gracia que lo hizo digno de hablar con Dios; pero también son admirables Ciro y cuantos fundaron reinos: si se juzgan sus hechos y el modo de gobernar, no desmerecen de los de Moisés, que tuvo tan gran maestro. Examinando sus vidas y obras se verá que a la fortuna deben sólo la ocasión, materia que ellos dieron forma con su virtud. Sin ocasión, sus méritos no habrían bastado; pero sin méritos, la ocasión habría sido inútil. Así, convenía que Moisés encontrase a Israel esclavo en Egipto; que Rómulo no pudiese vivir en Alba y fuese expuesto al nacer para llegar a rey y fundador; que los persas estuvieran descontentos del dominio de los medos y los medos ablandados por larga paz para exaltar a Ciro; que los atenienses estuvieran dispersos para que Teseo mostrara su virtud. La ocasión los hizo afortunados; su virtud, reconocerla y aprovecharla; y así ennoblecieron a su patria y la hicieron felicísima.

Quienes, por vías semejantes, se hacen príncipes adquieren con dificultad, pero conservan con facilidad. Las dificultades del adquirir nacen en parte de los nuevos órdenes y modos que se ven forzados a introducir para fundar su Estado y asegurar su persona. No hay empresa más ardua ni de éxito más incierto y peligroso que hacer cabeza en la introducción de nuevas instituciones: el innovador tiene por enemigos a cuantos prosperaban con los órdenes viejos y tibios defensores entre los que podrían mejorar con los nuevos; tibieza que procede en parte del temor a los adversarios, que tienen la ley de su lado, y en parte de la incredulidad de los hombres, que no creen verdaderamente en lo nuevo si no ven de ello experiencia firme. De aquí que, siempre que los enemigos hallan ocasión, ataquen en bloque, y los demás defiendan con frialdad, con peligro para todos.

Conviene, pues, distinguir si el innovador se apoya en sí mismo o depende de otros: si para llevar a cabo su obra ha de rogar o puede forzar. En el primer caso, fracasa siempre; en el segundo, rara vez peligra. Todos los profetas armados vencieron; los desarmados, perecieron. Porque la naturaleza de los pueblos es mudable: fácil persuadirlos, difícil fijarlos en

la persuasión; por eso ha de estar uno dispuesto a que, dejando de creer, se les haga creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar largo tiempo sus ordenaciones estando desarmados; como en nuestros días ocurrió a fraile Jerónimo Savonarola, que, al empezar la multitud a no creerle, careció de medios para sostener a los creyentes y forzar a los incrédulos. Por eso éstos encuentran grandes dificultades en el camino y todos sus peligros están entre tanto; pero, vencidos éstos con su virtud, y comenzando a ser venerados, apagada la envidia de los de su igual, quedan potentes, seguros, honrados y felices.

A tan altos ejemplos añado uno menor pero proporcionado: Hierón de Siracusa. De particular llegó a príncipe de Siracusa; no debió a la fortuna sino la ocasión: oprimidos los siracusanos, lo eligieron capitán y mereció ser príncipe. Fue de tanta virtud en la vida privada que, según quien escribe, nada le faltaba para reinar sino el reino. Extinguió la milicia vieja, ordenó la nueva; abandonó amistades antiguas, tomó otras; y, teniendo amistades y soldados propios, sobre tal fundamento pudo edificar cuanto quiso: trabajó mucho en adquirir, poco en conservar.

Capítulo VII. De los principados nuevos que se adquieren con fuerza ajena y por fortuna

Los que ascienden al principado con armas ajenas y por fortuna avanzan con poca fatiga mientras los alzan voluntades y fuerzas de otros; pero con gran dificultad se mantienen, porque les falta fundamento propio. El príncipe depende de la voluntad y fortuna de quien lo elevó, y no sabe ni puede sostenerse sin ese auxilio; así, la misma causa que lo hizo grande, lo deja desnudo cuando varía. Entre los ejemplos modernos, ninguno más elocuente que el de César Borgia, llamado duque Valentino.

Entró el duque en Romaña con armas auxiliares —todas francesas y con ellas tomó Imola y Forlí; mas, no teniéndolas por seguras, pasó a mercenarios, alistando a Orsini y Vitelli; y, hallándolos dudosos, infieles y peligrosos, los desarmó y se volvió a tropas propias. Cualquiera puede ver cuánta diferencia media entre estas armas, comparando la reputación del duque con Orsini y Vitelli y la que tuvo cuando quedó con soldados suyos y se apoyó en sí mismo: siempre creció y no fue tenido por príncipe cabal sino cuando todos vieron que era señor entero de sus armas.

La provincia estaba deshecha por la desunión de los señores —más dados a despojar que a corregir—, llena de latrocinios y bandos. Para pacificarla y someterla al brazo real, el duque puso por gobernador a messer Ramiro d'Orco, hombre enérgico y cruel, con poder plenísimo. En breve la volvió quieta y unida, con grandísima reputación; pero, juzgando el duque que autoridad tan excesiva podía hacerlo odioso, estableció un tribunal civil con un presidente excelentísimo en medio de la provincia, y cada ciudad con su abogado. Y, conociendo que las rigideces pasadas le habían acarreado algún odio, y queriendo purgar los ánimos y ganárselos del todo, hizo que una mañana se hallase a Ramiro en la plaza de Cesena, cortado en dos con un cepillo y un cuchillo ensangrentado junto a él: espectáculo feroz que a un tiempo dejó a los pueblos satisfechos y atónitos.

Hechos los fundamentos presentes —armas propias y pacificación—, quedaban los futuros. Temía el duque que, muerto Alejandro VI, el nuevo papa fuese enemigo y le quitase lo concedido. Para precaverse, resolvió cuatro cosas: extinguir las sangres de los señores que había despojado; ganar a todos los gentilhombres de Roma; dominar al Colegio para hacer papa a quien le fuese obligado; y, antes de la muerte del padre, hacerse tan fuerte que pudiera resistir por sí. De muchas de ellas salió airoso; pero, sobreviniendo una doble fortuna adversa —la enfermedad y la muerte del papa—, no pudo rematar su diseño, y lo que había construido con tanta industria quedó al arbitrio de quien heredó el pontificado.

De este caso se aprende que quien únicamente se apoya en fortuna y fuerzas ajenas cae al primer contraste; quien la acompaña de arte y previsión —construyendo armas propias, desarticulando potencias internas y cerrando el paso a terceros— puede aún sobrevivir a un cambio de viento. El programa del Valentino —pasar de auxiliares a mercenarios

y de éstos a propias, ganar al pueblo con justicia visible tras las crudeltà ben usate— es, entre los principados nuevos por fortuna, el método más cercano a la seguridad. Faltóle tiempo, no arte.

Capítulo VIII. De los que llegaron al principado por crímenes

Porque también se llega de particular a príncipe por dos vías que no pueden atribuirse del todo ni a la fortuna ni a la virtud, conviene no dejarlas de lado. Una es por algún medio criminal o nefando; la otra, por favor de los conciudadanos (ésta se tratará luego al hablar del principado civil). De la primera bastan dos ejemplos, uno antiguo y otro moderno.

Agatocles el siciliano, de condición no solo privada, sino ínfima y abatida, llegó a ser rey de Siracusa. Nacido de un alfarero, llevó vida criminal según los grados de su fortuna; pero acompañó sus crímenes con tanta virtud de ánimo y de cuerpo que, pasándose a la milicia, por sus grados alcanzó el pretorado de Siracusa. Ya en el cargo, y resuelto a hacerse príncipe y tener por violencia lo que por acuerdo le había sido concedido, de concierto con Amílcar el cartaginés reunió una mañana al pueblo y al Senado como para tratar negocios de la república, y, a una señal, hizo matar por sus soldados a todos los senadores y a los más ricos del pueblo; muertos éstos, ocupó y retuvo el principado sin controversia civil. Y aunque por los cartagineses fue dos veces roto y finalmente asediado, no solo defendió su ciudad, sino que, dejando guarnición, pasó a África, apremió a Cartago y los llevó a concertar con él, contentándose con su posesión del África y dejándole la Sicilia. Quien mire sus hechos y virtudes verá poco que deba atribuirse a la fortuna.

Oliverotto da Fermo, criado por Juan Fogliani, volvió a su patria con ayuda de Vitellozzo Vitelli y de algunos ciudadanos más afectos a la servidumbre que a la libertad. Escribió a su tío que deseaba visitarlo y entrar honrosamente con cien caballos de amigos y servidores; acogido con honores, dio un gran banquete al que invitó a Fogliani y a los principales de Fermo. Consumidos los manjares y entretenimientos, llevó la conversación, con arte, a la grandeza de Alejandro VI y de César, y, diciendo que tales materias pedían lugar más reservado, pasó a una cámara: no bien sentados los convidados, salieron soldados de escondrijos y mataron a Fogliani y a todos los demás. Consumado el crimen, montó a caballo, corrió la ciudad, cercó en su palacio al supremo magistrado, y, por temor, fue obedecido y estableció un gobierno del que se hizo príncipe. En un año aseguró el dominio con nuevas ordenanzas civiles y militares y se hizo temible a los vecinos; y hubiera sido tan difícil de someter como Agatocles si no se hubiera dejado engañar por César Borgia y prender en Sinigaglia, donde, un año después de su parricidio, fue estrangulado junto con Vitellozzo, su maestro en virtudes y crímenes.

Podría dudarse cómo Agatocles y otros semejantes, tras tantos engaños y crueldades, pudieron vivir largo tiempo seguros en su patria, sin conjuras internas y defendidos de enemigos externos; mientras otros, con medidas igualmente extremas, no pudieron conservar el Estado ni en guerra ni en paz. Creo que ello procede de las crueldades bien usadas y mal usadas. Bien usadas —si de lo malo es lícito decir bien— son las que se hacen de una vez por necesidad de asegurarse y luego no se insisten, sino que se convierten en la mayor utilidad posible de los súbditos. Mal usadas son las que, aunque pocas al principio, crecen con el tiempo en lugar de apagarse. Quienes observan el primer modo pueden encontrar con Dios o con los hombres algún remedio para su Estado, como lo halló Agatocles; los otros no pueden mantenerse. De aquí debe notarse que, al apoderarse de un Estado, el ocupante calcule todas las ofensas necesarias y las haga de una vez, para no tener que renovarlas cada día; así, no renovándolas, podrá asegurar a los hombres y ganarlos con beneficios. Las injurias han de hacerse todas juntas —para que saboreándose menos, ofendan menos— y los beneficios poco a poco, para que se saboreen mejor; y, sobre todo, el príncipe ha de vivir con sus súbditos de modo que ningún accidente lo obligue a variar: porque, viniendo la necesidad en tiempos adversos, no se está a tiempo para el mal, y el bien que se haga no aprovecha, por tenerse por forzado.

(Recordatorio del caso Sinigaglia, por su valor ejemplar): el duque César atrajo a Vitellozzo, Paolo Orsini, el duque de Gravina y Oliverotto a una entrevista, los prendió en una estancia secreta y, tras hacer saquear las gentes de Oliverotto, mandó estrangular aquella misma noche a Vitellozzo y Oliverotto; los Orsini mayores siguieron la misma suerte pocas semanas después. La escena de Sinigaglia muestra que las armas ajenas y las alianzas de facción acaban, tarde o temprano, siendo fatales al que en ellas confía.

Capítulo IX. Del principado civil

Cuando un ciudadano, no por crímenes ni por otra violencia intolerable, sino con el favor de sus conciudadanos, llega a ser príncipe de
su patria —lo que puede llamarse principado civil—, para alcanzarlo
no es necesaria toda virtud ni toda fortuna, sino, más bien, una astucia
afortunada. A este principado se asciende o con el favor del pueblo o
con el favor de los grandes. En toda ciudad hay dos humores diversos: el
pueblo desea no ser mandado ni oprimido por los grandes, y los grandes
desean mandar y oprimir al pueblo. De estos apetitos contrarios surgen
tres efectos: principado, libertad o licencia. El principado lo causa o el
pueblo o los grandes, según a cuál de estos dos bandos se le ofrezca la
ocasión: los grandes, viendo que no pueden resistir al pueblo, vuelven
la reputación hacia uno de los suyos y lo hacen príncipe para, a su sombra, desahogar su apetito; el pueblo, viendo que no puede resistir a los
grandes, la vuelve hacia uno solo y lo hace príncipe para que, con su
autoridad, lo defienda.

Se mantiene con más dificultad quien llega al principado con ayuda de los grandes que quien llega con favor del pueblo: el primero se halla, a su alrededor, con muchos que se tienen por iguales y, por ello, no puede ni mandarlos ni manejaros a su antojo; el segundo, llegado con favor popular, se encuentra solo, con nadie o poquísimos en torno que no estén dispuestos a obedecer. Además, no puede satisfacerse a los grandes con honestidad y sin injuriar a otros; al pueblo sí, porque su fin es más honesto: los grandes quieren oprimir; el pueblo, no ser oprimido. Añado que de un pueblo enemigo el príncipe nunca puede asegurarse —por ser

muchos—; de los grandes sí, por ser pocos. Lo peor que puede esperar de un pueblo enemigo es ser abandonado; de los grandes enemigos debe temer ser abandonado y atacado, porque, teniendo más vista y astucia, se salvan a tiempo y buscan grados con quien esperan que venza. Por lo demás, el príncipe necesita vivir siempre con ese mismo pueblo; sin esos mismos grandes puede vivir, pues puede hacer y deshacerlos cada día, quitando y dando reputación cuando le place.

Para aclarar esto, los grandes deben considerarse de dos modos:

unos se obligan por entero a tu fortuna —y si no son rapaces, conviene honrarlos y amarlos—; otros no se obligan. Si no se obligan por pusilanimidad o defecto natural de ánimo, sírvete de ellos, sobre todo de los que aconsejen bien: en la prosperidad te honran, en la adversidad no has de temerlos. Si no se obligan por arte y ambición, piensan más en sí que en ti: guárdate de ellos como de enemigos descubiertos, porque en las adversidades te ayudarán a caer. Quien deviene príncipe por favor del pueblo debe conservarlo amigo; le será fácil, pues el pueblo no pide sino no ser oprimido. Quien, en cambio, llega por favor de los grandes, ante todo debe ganarse al pueblo: tomándolo bajo su protección, el bien recibido de quien se temía el mal obliga más, y el pueblo se le hace más benévolo que si lo hubiera elevado él mismo. No hay regla fija para ganarlo, pues los medios varían según los sujetos; baste concluir que es necesario tener al pueblo por amigo, de lo contrario no hay remedio en la adversidad.

Y no contradiga nadie con el proverbio trillado de que quien funda en el pueblo, funda en el fango. Eso vale cuando un particular funda sobre el pueblo, haciéndose la ilusión de que lo liberará si es oprimido por los grandes o por los magistrados; puede verse engañado, como les ocurrió en Roma a los Gracos y en Florencia a Giorgio Scali. Pero el príncipe que se funda en el pueblo —que puede mandar, es hombre de corazón, no se acobarda en la adversidad, no carece de preparativos y mantiene al común animado— no saldrá engañado, y juzgará sólidos sus cimientos. Estos principados peligran cuando se quiere pasar del orden civil al absoluto. Si gobierna por medio de magistrados, su Estado es más débil y peligroso, porque depende por entero de la voluntad de quienes

ocupan los cargos: en tiempos adversos pueden arrebatárselo con facilidad, haciéndosele contrarios o no obedeciendo; y en el peligro ya no hay tiempo para recobrar la autoridad. Mejor es gobernar por sí y con súbditos propios, si se pretende firmeza.

Concluyo esta materia con una observación sobre conjuras (que Maquiavelo desarrolla más adelante): uno de los remedios más poderosos contra ellas es no ser odiado ni despreciado por el universal; quien conspira cree satisfacer al pueblo con la muerte del príncipe; si cree ofenderlo, no cobra ánimo. En el equilibrio entre odio y benevolencia popular se juega la seguridad del príncipe civil.

Capítulo X. Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados

Conviene, al examinar la naturaleza de estos principados, añadir una consideración: si un príncipe posee Estado bastante para sostenerse por sí mismo en caso necesario, o si, por el contrario, ha de recurrir siempre a la defensa ajena. Llamo capaces de sostenerse por sí a quienes, por abundancia de hombres o de dinero, pueden levantar un ejército suficiente y salir a dar batalla a cualquier enemigo que los acometa; y digo necesitados de otros a quienes no pueden presentarse en campaña, sino que se ven forzados a refugiarse tras sus muros y a guardarlos. Del primer caso ya se habló; del segundo, no cabe sino aconsejar que fortifiquen y abastezcan bien la ciudad, y que no hagan caso del campo.

Quien tenga bien fortificada su ciudad y, en lo tocante a sus súbditos, se haya conducido conforme a lo dicho (y a lo que diré), será acometido con gran respeto; porque los hombres son enemigos de las empresas dificultosas, y no se juzga fácil asaltar a quien tiene su plaza recia y no es odiado por el pueblo.

Lo muestran las ciudades de Alemania, libérrimas, con poca campiña y obedientes al Emperador cuando quieren: no lo temen, ni a otros poderosos circunvecinos, porque están tan bien fortificadas que todo asedio parece trabajoso y largo. Tienen muros y fosos convenientes, artillería suficiente, y guardan en los graneros públicos víveres y combustible para un año; además —para mantener ocupada a la plebe sin gravamen del erario — disponen trabajos públicos anuales, nervio y vida de la ciudad. Finalmente, tienen en reputación los ejercicios militares, regulados por numerosas ordenanzas.

Así, un príncipe que cuente con ciudad fuerte y no se haga odiar, no puede ser fácilmente asaltado; y, si alguno lo intentase, se retiraría con vergüenza. Porque las cosas del mundo son tan varias, que es casi imposible que un ejército permanezca ocioso un año sitiando. Y si alguien objetase: "el pueblo, viendo arder su hacienda fuera de los muros, perderá la paciencia, y el largo cerco lo hará olvidar al príncipe", respondo que un príncipe animoso y de recursos superará esas dificultades: ora dando esperanza de que el mal no será largo, ora temor de la crueldad del enemigo, ora asegurándose con destreza de los más audaces. Además, es razonable que el enemigo devaste a su llegada, cuando los ánimos están calientes y prestos a la defensa; pasados algunos días, enfriados los ánimos, ya están hechos los daños y no hay remedio: entonces, tanto más se unen con su príncipe, teniéndolo por obligado a protegerlos, pues ardieron sus casas y se arruinaron sus haciendas por su defensa. Es natural en los hombres quedar obligados tanto por los beneficios que hacen como por los que reciben. Bien mirado todo, no será difícil a un príncipe prudente tener firmes a sus ciudadanos durante el asedio, con tal de que no falten víveres ni medios de defensa.

Capítulo XI. De los principados eclesiásticos

Solo nos resta tratar de los principados eclesiásticos, respecto de los cuales todas las dificultades son anteriores a poseerlos: se adquieren o por virtud o por fortuna, y se conservan sin una ni otra, porque los sustentan los antiguos ordenamientos de la religión, tan poderosos y de tal calidad, que mantienen firmes estos principados sea cual fuere el modo de proceder y de vivir de sus príncipes. Estos solos tienen Estados y no

los defienden, súbditos y no los gobiernan; y, por estar sus Estados indefensos, no se los quitan; y, por no ser gobernados, los súbditos no se inquietan ni piensan en apartarse de ellos. Por tanto, solo estos principados son seguros y felices. Y como están regidos por causa superior, a la cual no alcanza la mente humana, dejaré de discurrir sobre ello; porque, siendo exaltados y mantenidos por Dios, sería temerario juzgarlos.

Con todo, si alguien me preguntase de dónde proviene que la Iglesia, en lo temporal, haya llegado a tanta grandeza —pues antes de Alejandro VI los poderes de Italia, y no solo los que se llamaban grandes, sino todo barón y señor, por mínimo que fuese, la tenían en poco—, mientras que hoy un rey de Francia tiembla ante ella, ha podido expulsarlo de Italia y arruinar a los venecianos, no juzgo superfluo recordarlo brevemente. Antes de que Carlos VIII pasara a Italia, esta provincia estaba bajo el imperio del Papa, de los Venecianos, del Rey de Nápoles, del Duque de Milán y de los Florentinos. Todos ellos tenían dos cuidados principales: que no entrara en Italia potencia extranjera con armas, y que ninguno de ellos ocupase más Estado. Para lo primero, el mayor recelo era contra Venecia; para lo segundo, contra el Papa. A Venecia se la contenía por la unión de los demás (como en la defensa de Ferrara); al Papa, por medio de los barones de Roma, divididos en Orsini y Colonna: sus bandos, con las armas a la vista del Pontífice, debilitaban el pontificado. Y aunque a veces surgía un papa animoso —como Sixto—, ni la fortuna ni el saber bastaban para desatarlo de estos inconvenientes, a lo que se añadía la brevedad de su vida.

Alejandro VI mostró cuánto puede un Pontífice con dinero y armas: mediante el duque Valentino y sus empresas, hizo grande al Papado en lo temporal. Fallecido Alejandro, Julio II heredó fundamentos tales que pudieron darle, a su turno, aún mayor poder; y León X encontró una Iglesia potentísima, de la que cabía esperar que, así como aquellos la engrandecieron por las armas, él la haría más poderosa y venerable por su bondad y otras virtudes.

Capítulo XII. De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios

Habiendo tratado por menor la naturaleza de los principados de que me propuse hablar, y señalado en parte las causas de su prosperidad o ruina y los medios con que muchos los quisieron adquirir y conservar, me resta ahora discurrir en general sobre las ofensas y defensas que pueden ocurrir en cada uno de ellos. Ya he dicho más arriba que a un príncipe le es necesario tener buenos fundamentos, si no quiere arruinarse. Y los fundamentos principales de todos los Estados —nuevos, antiguos o mixtos— son buenas leyes y buenas armas. Y porque no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas forzosamente hay buenas leyes, dejaré ahora las leyes y hablaré de las armas.

Digo, pues, que las armas con que un príncipe defiende su Estado son propias, mercenarias, auxiliares o mixtas. Las mercenarias y las auxiliares son inútiles y peligrosas: si uno funda su Estado en armas mercenarias, nunca estará firme ni seguro, porque son desunidas, ambiciosas, indisciplinadas, infieles; fuertes entre los amigos y viles ante el enemigo; no temen a Dios ni guardan fe a los hombres; de manera que solo se difiere la ruina tanto cuanto se difiere el asalto. En la paz te despojan ellas; en la guerra, los enemigos. La causa es que no las sostiene otro amor ni motivo para estar en el campo que un poco de estipendio, insuficiente para hacerles morir por ti: quieren ser tus soldados mientras no haces la guerra; cuando viene la guerra, o huyen o se van.

Poco trabajo costaría persuadirlo, porque la ruina de Italia no fue causada por otra cosa que por haberse reposado durante muchos años en armas mercenarias: hicieron antaño, por alguno de sus jefes, ciertos progresos que les dieron fama; pero apenas vino el extranjero, mostraron lo que eran. Por eso pudo Carlos, rey de Francia, tomar Italia "con la tiza"; y quien decía que de ello eran causa nuestros pecados no se engañaba: no eran los que se creía, sino estos que he narrado.

(De su naturaleza nacen daños particulares). Los jefes mercenarios son, o muy capaces o no lo son: si lo son, no te puedes fiar de ellos, porque aspiran a su propia grandeza; si no lo son, te pierden en el primer

choque. En suma: en las mercenarias es más peligrosa la cobardía; en las auxiliares — de las que hablaré en el Capítulo siguiente—, lo peligroso es su virtud (porque, venciendo, te quedan dueñas). Concluyo: sin armas propias no hay principado seguro; queda todo en manos de la fortuna, al carecer de virtud que lo defienda en la adversidad. Armas propias son las compuestas por súbditos, ciudadanos o criados tuyos; todas las demás son mercenarias o auxiliares.

Capítulo XIII. De los soldados auxiliares, mixtos y propios

Las tropas auxiliares —otra especie de armas inútiles— son las que se piden a un príncipe poderoso para que acuda con sus propias fuerzas a socorrernos y defendernos; así lo hizo, en tiempos recientes, Julio II: vista la mala prueba de sus mercenarios en la empresa de Ferrara, recurrió a auxiliares y convino con Fernando, rey de España, que lo ayudara con sus gentes y ejércitos. Estas armas pueden ser buenas para quien las envía, pero son siempre dañosas para quien las llama: si pierden, quedas deshecho; si vencen, quedas prisionero de ellas. En el caso de Julio II, la elección fue peligrosísima; y solo la buena fortuna —derrotados sus auxiliares en Rávena, surgieron los suizos y pusieron en fuga a los vencedores, contra toda opinión— impidió que pagara el precio de su mala elección.

Otros ejemplos confirman lo mismo: los florentinos, faltos de armas propias, trajeron diez mil franceses para Pisa y se pusieron en mayor peligro que nunca; el emperador de Constantinopla, para ayudar a sus vecinos, llevó diez mil turcos a Grecia, y, acabada la guerra, no quisieron volver, de donde nació la servidumbre de Grecia bajo los infieles. Conclúyese que quien no quiera vencer no tiene más que servirse de estas tropas: son mucho más peligrosas que las mercenarias, porque están muy unidas y obedecen ciegamente a sus jefes; de modo que, venciendo, te sojuzgan de inmediato. En suma: en las mercenarias hay que temer las derrotas; en las auxiliares, los triunfos.

Las tropas mixtas —compuestas de mercenarias y propias— valen más que las exclusivamente mercenarias o auxiliares, pero menos que las propias. Francia ofrece un ejemplo claro: Carlos VII, con su fortuna y valor, liberó el reino de los ingleses y ordenó milicias propias de caballería e infantería; Luis XI, su hijo, disolvió la infantería y empezó a tomar suizos a sueldo. Desde entonces, acreditó a los suizos y desacreditó las armas francesas: la caballería dependió de fuerzas ajenas y ya no cree poder vencer sin ellos; por eso no pueden contra los suizos, y sin suizos no osar enfrentarse a otros. Si se hubiera mantenido lo dispuesto por Carlos, Francia sería invencible; pero los hombres, empezando lo que parece bueno sin ver el veneno que oculta, acaban por perder la virtud de sus propias armas.

Concluyo: sin milicias propias no hay principado seguro; todo queda en manos de la fortuna. Armas propias son las compuestas por súbditos, ciudadanos o criados del príncipe; las demás son mercenarias o auxiliares. Por eso, todo príncipe prudente ha rechazado aquéllas y se ha refugiado en éstas —en las propias—, y ha preferido perder con las suyas a vencer con armas ajenas, porque no es victoria verdadera la que se obtiene con fuerzas de otro.

Capítulo XIV. De lo que incumbe al príncipe respecto de la milicia

Debe, pues, un príncipe no tener otro objeto ni otro pensamiento, ni tomar como oficio suyo cosa alguna fuera de la guerra y del orden y disciplina de la guerra: es el único arte que corresponde a quien manda; y es de tanta virtud que no solo mantiene a los nacidos príncipes, sino que, a menudo, eleva a privados a tal dignidad. Por el contrario, se ve que, cuando los príncipes piensan más en las delicadezas que en las armas, pierden su Estado: la primera causa de perderlo es despreciar este arte; y la que lo hace adquirir, profesarlo. Francesco Sforza, por estar armado, de privado llegó a duque de Milán; y sus hijos, por huir de las fatigas y los trabajos de las armas, de duques volvieron a privados. Entre

los demás males que acarrea estar desarmado, te hace ser despreciado: y no hay proporción entre armado y desarmado; no es razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado, ni que el desarmado esté seguro entre servidores armados. De aquí que un príncipe ignorante en milicia, además de las otras desventuras, no puede ser estimado por sus soldados ni confiar en ellos.

Por tanto, nunca debe apartar el pensamiento de este ejercicio; y en la paz debe ejercitarse en él más que en la guerra: puede hacerlo de dos modos, con las obras y con la mente. En lo que toca a las obras, además de tener bien ordenados y ejercitados a los suyos, ha de estar siempre en las cacerías, y con ellas acostumbrar el cuerpo a los trabajos; y, sobre todo, aprender la naturaleza de los lugares: conocer cómo se levantan los montes, cómo se encajan los valles, cómo yacen las llanuras, entender la naturaleza de ríos y pantanos, y poner en ello grandísimo cuidado. Este saber aprovecha en dos maneras: primero, porque conoce su propio país y puede entender mejor sus defensas; después, porque mediante el conocimiento y práctica de esos sitios, comprende con facilidad cualquier otro que le sea necesario observar, pues colinas, valles, llanos, ríos y pantanos de una provincia se parecen a los de otra: del conocimiento de una se pasa con facilidad al de las demás. Quien carece de esta pericia, carece de la primera condición de un capitán.

En cuanto al ejercicio con la mente, debe el príncipe leer historias y considerar en ellas las acciones de los hombres excelentes: ver cómo se condujeron en las guerras, examinar las causas de sus victorias y de sus pérdidas, para huir de éstas y imitar aquéllas; y, sobre todo, tener—como hicieron muchos varones ilustres— a alguno de los antiguos por modelo: por ejemplo, Alejandro imitó a Aquiles, César a Alejandro, Escipión a Ciro. Quien imita siempre supera en parte, y quien recapitula con diligencia los modos de obrar de los grandes no se aparta de lo que conviene en su propio gobierno. (Pasaje reconstruido según el Capítulo italiano.)

Concluyo: la milicia es el nervio del Estado. El príncipe que la profesa se mantiene; el que la abandona se arruina. En paz, prepararse; en guerra, ejecutar lo preparado. Todo lo demás —placeres, lujos, sutile-

zas— síguese por sí solo después de esta primera y única ocupación de quien gobierna.

Capítulo XV. De las cosas por las cuales los hombres —y muy especialmente los príncipes— son alabados o vituperados

Resta ahora ver cuáles deban ser los modos y el gobierno de un príncipe con sus súbditos y con sus amigos. Y como sé que muchos han escrito sobre ello, temo que, al escribir yo también, se me tenga por presuntuoso, tanto más cuanto que, al tratar esta materia, me aparto de los procedimientos de los demás. Pero, siendo mi intento escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que tras su imaginación. Porque muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se vieron ni conocieron en verdad; y porque hay tanta distancia entre cómo se vive y cómo debería vivirse, que quien deja lo que se hace por ir tras lo que debería hacerse, más aprende su ruina que su conservación. De donde es necesario a un príncipe, queriendo mantenerse, aprender a poder no ser bueno, y usar o no usar de ello según la necesidad.

Dejando, pues, aparte las cosas imaginadas acerca de un príncipe y tratando las verdaderas, digo que todos los hombres —y, sobre todo, los príncipes, por estar más a la vista— son notados de algunas cualidades que les traen alabanza o censura: uno es tenido por liberal, otro por mezquino; uno por dadivoso, otro por rapaz; uno por cruel, otro por piadoso; uno por perjuro, otro por fiel; uno por afeminado y pusilánime, otro por animoso y resuelto; uno por humano, otro por soberbio; uno por lascivo, otro por casto; uno por llano, otro por astuto; uno por duro, otro por flexible; y así en lo demás. Sé que no es posible —ni siquiera conveniente— poseer todas las de las primeras y huir de todas las de las segundas; pero conviene tener tanta prudencia que sepas evitar el oprobio de aquellas que harían perder el Estado, y, si te es posible, guardarte de las que no lo hacen; y si no puedes, dejarlas con menos recelo.

Y también no te importe incurrir en la infamia de algunos vicios sin los cuales difícilmente se salva el Estado; porque, bien mirado todo, a veces lo que parece virtud conduce a la ruina, y lo que parece vicio procura la seguridad y el bienestar.

Capítulo XVI. De la liberalidad y la miseria

Comenzando por las primeras cualidades mencionadas, digo que sería bueno ser tenido por liberal; pero la liberalidad usada de modo que se conozca, te perjudica. Porque, si se la ejercita virtuosamente, como debe hacerse, no se percibe, y no te granjea la fama de liberal; así, para conservar entre los hombres el nombre de liberal es necesario no omitir ningún gesto de suntuosidad: con lo cual un príncipe de tal jaez consumirá en semejantes obras todas sus haciendas, y, a la postre —si quiere mantener el nombre—, se verá forzado a gravar extraordinariamente a los pueblos, a hacerse fiscal y a intentar cuanto sea menester para allegar dinero. Esto lo volverá odioso a los súbditos y lo hará menospreciado por todos, empobrecido; de suerte que, con su liberalidad, ofendiendo a muchos y premiando a pocos, sentirá el primer disgusto y peligrará en cualquier primer trance. Y, queriendo retraerse, incurrirá de inmediato en la infamia de mísero. Luego, no pudiendo usar la liberalidad sin daño propio de manera notoria, debe, si es prudente, no cuidarse del nombre de mísero: con el tiempo será tenido más liberal, pues, reglando con su parsimonia sus rentas, le bastarán; podrá defenderse del enemigo, emprender sin agravar a los pueblos, y así ejercerá liberalidad con todos aquellos a quienes no quita (que son innumerables) y miseria con aquellos a quienes no da (que son pocos). En nuestros tiempos no hemos visto grandes cosas sino hechas por quienes fueron tenidos por míseros; los otros se han apagado. Julio II, servido del nombre de liberal para llegar al papado, no cuidó luego de sostenerlo, a fin de hacer la guerra al rey de Francia; y hizo tantas guerras sin imponer tributo extraordinario a los suyos, porque a los gastos superfluos les proveyó su larga parsimonia.

El rey de España de ahora, si hubiera sido tenido por liberal, no habría emprendido ni vencido tantas empresas. Por tanto, debe poco estimar el príncipe incurrir en el nombre de mísero para no robar a los súbditos, no tornarse pobre y abatido, no verse forzado a la rapiña: este es de aquellos "vicios" que lo hacen reinar.

Y si alguien objetase: "César, con la liberalidad, llegó al imperio", respondo: o eres ya príncipe, o estás en vía de adquirirlo. En el primer caso, la liberalidad daña; en el segundo, conviene ser tenido por liberal. César era de los que querían llegar al principado de Roma; pero si, alcanzado, hubiese vivido y no moderado aquel gasto, habría destruido el Imperio. Y si replican: "Muchos príncipes han hecho grandes cosas con sus ejércitos siendo tenidos por liberalísimos", respondo: o gasta el príncipe de lo suyo y de lo de sus súbditos, o de lo ajeno. En el primer caso, debe ser parco; en el segundo, no debe omitir ninguna parte de liberalidad. Al príncipe que hace campaña con botín ajeno le conviene ser prodigioso; al que vive de lo suyo y de sus pueblos, la parsimonia. De todo lo dicho se infiere que la liberalidad, si es bien usada, debe practicarse en secreto y en momentos donde no comprometa la defensa, la reputación y el tesoro del príncipe; si ha de ser notoria, casi siempre forja el principio de la ruina.

Capítulo XVII. De la crueldad y la piedad, y si es mejor ser amado que temido

Descendiendo a las demás cualidades ya mencionadas, digo que todo príncipe debe desear ser tenido por piadoso, y no por cruel. Sin embargo, ha de prevenirse de no usar mal esa piedad. César Borgia fue tenido por cruel; con todo, su crueldad compuso la Romaña, la unió y la redujo a paz y fidelidad. Bien mirado, se verá que aquello fue mucha más piedad que la del pueblo florentino, el cual, por huir el nombre de cruel, dejó destruir Pistoia. Debe, por tanto, un príncipe no cuidarse de la infamia de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y fieles: con

poquísimos ejemplos será más piadoso que quienes, por excesiva piedad, permiten desórdenes de los que nacen muertes y saqueos que ofenden a la universalidad; en cambio, las ejecuciones que provienen del príncipe ofenden a un particular. Y, entre todos, al príncipe nuevo le es imposible evitar el nombre de cruel, por estar los estados nuevos llenos de peligros. Así lo excusa Virgilio por boca de Dido: Res dura et regni novitas me talia cogunt.

Resta indagar si es mejor ser amado que temido, o temido que amado. Se responde que fuera de desear ser ambas cosas; pero, como es difícil unirlas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando falte una de las dos. Porque de los hombres se puede decir, en general, que son ingratos, volubles, simuladores y disimuladores, huidizos del peligro y ávidos de lucro: mientras les haces bien, todos son tuyos—ofrecen sangre, hacienda, vida e hijos—, pero cuando se te aproxima la necesidad, se vuelven; y aquel amor que solo se mantiene por obligación, como los hombres son ruines, se rompe a cada ocasión de provecho propio; en cambio, el temor se sostiene por el miedo al castigo, que nunca falla. Con todo, debe el príncipe hacerse temer de modo que, si no alcanza a ser amado, evite el odio: lo cual logrará siempre que se abstenga de los bienes y de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos; y, si precisa proceder contra la sangre de alguno, hágalo con justificación conveniente y causa manifiesta. Sobre todo, absténgase de la hacienda ajena: los hombres olvidan más pronto la muerte del padre que la pérdida del patrimonio; y las ocasiones de quitar haciendas nunca faltan, mientras que las de derramar sangre son más raras.

Cuando el príncipe está con los ejércitos y gobierna multitud de soldados, es de todo punto necesario no cuidarse del nombre de cruel: sin ese nombre nunca se mantuvo ejército unido ni pronto para la acción. Entre las acciones admirables de Aníbal sobresale que, mandando un ejército numerosísimo, mezcla de gentes de infinitas naciones, en tierras ajenas, no surgió jamás disensión entre ellos ni contra el príncipe, ni en la mala ni en la buena fortuna; lo que no pudo nacer sino de su inhumana crueldad, que, junto con muchísimas virtudes, lo hacía ante sus soldados venerable y terrible: sin aquella, las otras no habrían bastado. Que

así es, se ve por Escipión, rarísimo varón, no solo en sus tiempos sino en toda memoria: sus ejércitos en España se sublevaron, no por otra cosa que por su excesiva clemencia, que concedió más licencia a los soldados de la que conviene a la disciplina militar. (Lo reprendieron por ello en el Senado; Fabius lo acusó; y Escipión, por su naturaleza buena, no supo corregirse a tiempo). De aquí que un príncipe a cargo de ejércitos deba tener por honra el ser tenido por severo, porque sin severidad nunca mandará con gloria.

Conclusión: ser temido es más seguro que ser amado cuando no pueden unirse; pero el temor debe ir sin odio. Guárdese, pues, el príncipe de tocar la hacienda y las mujeres; cuando castigue, que haya causa manifiesta; y, sobre todo, en tiempos de armas, prefiera la severidad disciplinaria a la indulgencia disolvente. En ello se juegan la unidad, la fidelidad y la salvación del Estado.

Capítulo XVIII. De qué modo deben los príncipes guardar la fe

Cuán laudable es que un príncipe mantenga la fe, viva con integridad y no con astucia, cualquiera lo entiende; sin embargo, muestra la experiencia de nuestros tiempos que han hecho grandes cosas aquellos príncipes que poco tuvieron en cuenta la fe jurada, y supieron enredar con astucia los ánimos de los hombres, superando al final a quienes se apoyaron en la lealtad.

Debéis saber que hay dos modos de combatir: uno con las leyes, propio del hombre; otro con la fuerza, propio de las bestias. Como a menudo el primero no basta, conviene recurrir al segundo. De aquí que a un príncipe le sea necesario saber usar la bestia y el hombre. Lo enseñaron veladamente los antiguos cuando escribieron que Aquiles y otros príncipes fueron entregados al centauro Quirón para su crianza: por ser mitad bestia y mitad hombre, significa que el príncipe ha de saber servirse de ambas naturalezas, pues una sin la otra no perdura. Y, necesitado de usar la bestia, debe tomar del león la fuerza y de la zorra el engaño: el león no

se defiende de las trampas; la zorra no se defiende de los lobos. Por eso es menester ser zorra para conocer las trampas y león para espantar a los lobos. Quien solo se atenga al león no entiende su negocio.

Por tanto, el príncipe prudente no debe mantener la fe cuando tal observancia se le vuelve en contra y han cesado las causas que lo movieron a prometer. Si los hombres fuesen todos buenos, sería este precepto malo; pero, siendo ruines y no guardándote ellos la fe, tampoco estás obligado a guardársela. Nunca le faltaron a los príncipes razones legítimas para colorar la inobservancia. Podrían multiplicarse ejemplos de príncipes que quebrantaron los pactos y obtuvieron éxito: quienes mejor conocieron el arte de la zorra vencieron a los que se fían de la franqueza.

No es necesario que un príncipe posea todas las cualidades tenidas por buenas —piedad, fidelidad, humanidad, integridad, religión—, pero sí es necesario parecer que las tiene. Aún diré más: tenerlas y observarlas siempre puede ser perjudicial; parecer que se tienen es útil. Debe estar de tal modo dispuesto que, si es preciso no serlo, sepa y pueda cambiar al contrario. Sobre todo, le es necesarísimo parecer religioso, porque los hombres juzgan más por los ojos que por las manos: todos ven lo que pareces, pocos sienten lo que eres, y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de muchos, respaldada por la majestad del Estado. Y en las acciones de todos —máxime de los príncipes—, cuando no hay tribunal adonde apelar, se mira al fin: si vences y mantienes el Estado, siempre serán tenidos por honorables los medios, y todos los alabarán. El vulgo se deja llevar por la apariencia y por el resultado; y en el mundo no hay sino vulgo: los pocos no cuentan cuando los muchos tienen en qué apoyarse.

Capítulo XIX. De cómo se debe evitar el ser despreciado y odiado

Con lo dicho sobre las principales cualidades, me basta discurrir brevemente de las restantes bajo esta regla general: el príncipe debe huir de cuanto lo haga odioso o vil. Si evita esto, cumple su parte y no habrá en las demás infamias peligros de consideración. Odioso lo hace, sobre

todo, ser rapaz y usurpador de los bienes y de las mujeres de los súbditos; de esto ha de abstenerse. Mientras no se quitan a la universalidad ni haciendas ni honores, viven contentos; y solo queda por reprimir la ambición de unos pocos, lo cual es fácil por muchos medios. Vil lo hace ser tenido por variable, ligero, afeminado, pusilánime, irresoluto. De todo esto debe guardarse, procurando que en sus acciones se reconozcan grandeza, ánimo, gravidad, firmeza; y que, en los negocios domésticos, su sentencia parezca irrevocable, de modo que nadie espere engañarlo o enredarlo. Un príncipe con esa reputación es difícil de conspirar y difícil de acometer, si se entiende que es excelente y reverenciado por los suyos.

Un príncipe tiene dos temores: interno, respecto de los súbditos; externo, respecto de los poderosos de fuera. Del segundo se defiende con buenas armas y buenos amigos (que no faltarán si tiene buenas armas). Del primero, mientras no se muevan los de fuera, basta con no ser odiado ni despreciado y con tener satisfecho al pueblo, como se dijo. En suma: el príncipe se asegura sobremanera si huye odio y desprecio, y mantiene al pueblo satisfecho.

Entre los remedios más poderosos contra las conjuras está no ser odiado ni despreciado por el común: quien conspira cree satisfacer al pueblo con la muerte del príncipe; si piensa que lo ofenderá, no cobra ánimo. Las dificultades del conjurado son infinitas: no puede estar solo; y, en cuanto abre su intención a un descontento, le da materia de contentarse (denunciándolo y ganando provecho cierto), mientras que el provecho del conjurado es incierto y peligroso. De modo que, de una parte, al conjurado lo espantan el temor, los celos y la pena; de la otra, al príncipe lo defienden la majestad, las leyes, los amigos y los aparatos del Estado; añadida la benevolencia popular, es casi imposible que alguien ose conspirar. Ejemplo: en Boloña, muerto Annibale Bentivoglio por los Canneschi, el pueblo —por su benevolencia a la casa— se levantó y mató a los conjurados; y, no quedando varón adulto, llamó desde Florencia a un Bentivoglio tenido por hijo de un herrero, dándole el gobierno hasta que Giovanni tuvo edad. Conclusión: con el pueblo bien dispuesto, las conjuras importan poco; con el pueblo enemigo, el príncipe debe temerlo todo y a todos.

Los Estados bien ordenados y los príncipes sabios han puesto cuidado en no desesperar a los grandes y en satisfacer al pueblo. Ejemplo moderno: el reino de Francia; su Parlamento sirve de freno a la ambición e insolencia de los poderosos y sostiene la libertad y seguridad del rey. (La institución es tal que el rey no deshonra a los grandes y, con todo, los tiene en sujeción; y el pueblo se tiene por defendido sin que el rey pierda su majestad).

Nota de época. Hoy es más necesario satisfacer al pueblo que a los soldados, salvo para el Turco y el Soldán, cuyo poder depende de capas permanentes de infantería y caballería: ellos deben anteponer a los soldados. En los demás principados, el pueblo pesa más; de ahí que el príncipe que no puede evitar el odio de alguien procure evitar el de la universidad más poderosa.

Capítulo XX. Si las fortalezas y otras muchas cosas que suelen hacer los príncipes son útiles o dañinas

Ha habido príncipes que, para conservar el Estado sin inquietudes, desarmaron a sus súbditos; otros dividieron los territorios conquistados; otros se granjearon a sus enemigos; otros atrajeron a quienes les inspiraban recelo al comienzo del gobierno; y otros levantaron fortalezas, mientras que no faltaron quienes las demolieron. Aunque de cada una de estas materias no puede dictarse regla general sin atender a la condición del Estado, diré en lo posible lo que conviene.

1) Desarmar o armar a los súbditos

Nunca un príncipe nuevo desarma a sus súbditos: antes bien, los arma si los halla desarmados. Con ello, las armas del pueblo pasan a ser las del príncipe; los recelosos se afianzan, los fieles perseveran, y todos se vuelven más afectos. Como no es posible armar a todos, se favorece a los armados —que quedan más obligados—, y los no armados disculpan la distinción por ser razonable. En cambio, al desarmarlos se ofende a todos, pues se les muestra temor o desconfianza; y cualquiera de estas opiniones engendra odio contra el príncipe.

2) Partidos y divisiones internas

Nuestros mayores solían decir que a Pistoia la conservaban las disensiones y a Pisa, las fortalezas; y los venecianos, en su dominio, suscitaban güelfos y gibelinos para tener a los súbditos ocupados entre sí. Pero hoy no debe tomarse por precepto: en la guerra, una ciudad dividida se pierde en cuanto el enemigo se acerca; el partido más débil se une al de fuera, y el otro no resiste. Así les ocurrió a los venecianos después de Vaila: una facción cobró ánimo y les arrebató buena parte del Estado. Tales remedios denotan debilidad: parecen útiles en paz para manejar más fácilmente a los súbditos, pero fallan cuando vienen tiempos recios.

3) De los sospechosos y los antiguos enemigos

A menudo los príncipes —sobre todo los nuevos— han hallado más fidelidad en quienes al principio les fueron sospechosos que en quienes confiaban; Pandolfo Petrucci gobernó Siena más con los que le habían sido sospechosos que con los otros. No hay, sin embargo, regla fija: depende de los casos y de si esos hombres necesitan apoyos externos para continuar la lucha (en cuyo caso, el príncipe puede tenerlos a raya).

4) Fortalezas: ¿hacerlas o arrasarlas?

Muchos príncipes levantaron fortalezas como freno de los audaces y refugio en un ataque imprevisto; otros (Vitelli en Città di Castello; Guido Ubaldo al volver a Urbino; los Bentivoglio en Bolonia) las arrasaron juzgando que, sin ellas, sería más difícil arrebatarles el Estado. Conclusión operativa: las fortalezas pueden ser útiles o dañinas según los casos. Si el príncipe teme más al pueblo que al extranjero, conviene hacerlas; si teme más al extranjero que al pueblo, puede prescindir de ellas. El castillo que Francisco Sforza levantó en Milán trajo y traerá a su casa más disgustos que todas las revueltas del Estado. Y, en definitiva, no hay mejor fortaleza que no ser odiado por el pueblo: si el pueblo aborrece al príncipe, ni todas las fortalezas lo salvarán, pues nunca faltan extranjeros que, cuando el pueblo toma las armas, acudan en su favor.

Ejemplo moderno: la condesa de Forlì (Caterina Sforza). Tras la muerte del conde Girolamo, solo la fortaleza le salvó la vida lo bastante

como para huir, esperar socorro de Milán y recobrar el Estado; pero luego, cuando César Borgia la acometió y el pueblo se unió a los forasteros por odio a la condesa, de nada le sirvió. Entonces y siempre, le habría sido más seguro no ser odiada que tener fortalezas.

Cierre del Capítulo. Consideradas todas estas cosas, alabaré tanto al que hace fortalezas como al que no; censuraré a cualquiera que, fiado en ellas, tenga en poco el no ser odiado por el pueblo.

Capítulo XXI. Cómo debe comportarse un príncipe para ser estimado

Nada hace tanto estimable a un príncipe como las grandes empresas y el dar de sí ejemplos raros. Fernando de Aragón, rey de España —a quien puede llamarse casi príncipe nuevo, pues de rey flaco vino a ser el primer monarca de la cristiandad por fama y gloria—, ofrece prueba manifiesta: al comienzo de su reinado asaltó Granada, fundamento de su Estado; con aquella guerra, emprendida en paz con los vecinos, ocupó a los barones de Castilla, que no pensaban en innovar mientras pensaban en la guerra, y sobre ellos adquiría reputación y mando sin que lo advirtiesen. Con dinero de la Iglesia y del pueblo mantuvo a sus ejércitos y, por la longa guerra, fundó una milicia que después lo honró. Además, para emprender mayores empresas, sirviéndose siempre de la religión, se volvió a una piedosa crueldad, expulsando y despojando su reino de los marranos: ejemplo raro y admirable.

Del mismo modo atacó África, hizo empresas en Italia y en Francia, y siempre maquinó cosas grandes, que tuvieron ocupados los ánimos de sus súbditos y los mantuvieron suspensos, admirando el resultado. Un príncipe debe, pues, proyectar y obrar grande; en sus acciones debe hacerse notar como protector de los buenos y perseguidor de los malos. Ha de declararse amigo de las virtudes y honrar a los hombres excelentes, premiándolos, y sobre todo proveer espectáculos y fiestas cuando convenga, mostrando magnificencia y humanidad en las ocasiones públicas que reaniman el ánimo del pueblo. (Pasajes restituibles por el italiano del Capítulo.)

Importa, asimismo, el modo de tomar partido. Cuando potencias vecinas pugnan, es siempre más seguro declararse con uno y pelear que permanecer neutral: quien vence no quiere como amigo a quien no le ayudó, y quien pierde no te ampara por no haber querido compartir su fortuna; en ambos casos, el neutral queda por presa del vencedor. Si, por el contrario, eres tan poderoso que, tomando uno u otro bando, este teme al otro y a ti, entonces conviene ser prudente en el no precipitarse; pero, siendo forzoso declararse, debe hacerse resueltamente: una ayuda tibia desagrada a ambas partes, mientras que una ayuda franca gana al amigo y espanta al enemigo. (Doctrina contenida en el Capítulo y normalizada frente a glosas del DOCX.)

No es menos necesario administrar la reputación dentro del Estado: premiar públicamente a quien beneficia a la ciudad, y favorecer oficios y artes que agregan decoro y riqueza; debe el príncipe mostrarse liberal en los honores (no en dádivas que agotan el erario) y firme en castigar lo que indigna al común. Además, es útil —para acrecentar la fama— vencer dificultades: a veces la fortuna suscita enemigos para que, venciéndolos, el príncipe suba por la escala que ellos mismos le han traído; incluso algunos han fomentado con astucia resistencias que, aplastadas, aumentasen su gloria.

Conclusión operativa. Para ser estimado:

Obrar grande y continuamente; 2) Declararse protector de las virtudes y premiarlas; 3) Tomar partido con resolución (evitando neutralidades ruinosas); 4) Instituir premios y fiestas, honrar oficios y artes, y dar ejemplo de magnificencia sobria. Todo ello asienta la reputación y hace antiguo al príncipe nuevo.

Capítulo XXII. De los secretarios (o ministros) del príncipe

No es de poca importancia para un príncipe la elección de sus ministros: serán buenos o malos según la prudencia del príncipe. La primera conjetura que se hace acerca de un señor y de su juicio es ver a los hombres que lo rodean: si son capaces y fieles, puede tenérsele por sabio, porque supo reconocer su suficiencia y mantenerlos fieles; si son de otra

suerte, se juzgará mal del príncipe, pues el primer error que comete es en esta elección. Nadie que supiese que Antonio da Venafro era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, dejaba de juzgar a Pandolfo varón valentísimo por tener tal ministro.

Hay tres géneros de entendimiento: uno discierne por sí mismo; otro comprende lo que discierne otro; el tercero no discierne por sí ni comprende lo ajeno. El primero es excelentísimo, el segundo excelente, el tercero inútil. De necesidad, si Pandolfo no estaba en el primer grado, estaba en el segundo: porque, cuando uno tiene juicio para reconocer lo bueno o malo que hace o dice un ministro, aunque no sea inventor, alaba las obras buenas, corrige las malas, y el ministro no puede esperar engañarlo, por lo cual permanece bueno.

Para conocer a un ministro hay un modo infalible: si se ve que piensa más en sí que en su señor, buscando en todo su propio provecho, jamás será buen ministro, ni podrá el príncipe fiarse de él. Quien tiene en sus manos el Estado de otro no debe pensar en sí, sino en el príncipe, ni recordarle sino cosas que le atañen. Por su parte, el príncipe, para mantenerlo fiel, debe pensar en su ministro: honrarlo, enriquecerlo, cargarlo de oficios, de manera que vea que el príncipe no puede estar sin él; y que muchos honores no le hagan apetecer más, muchas riquezas no le hagan desear más, y muchos cargos le hagan temer los cambios políticos. Procediendo así los príncipes y los ministros, pueden confiar unos en otros; de otro modo, el fin suele ser dañoso para ambos.

Capítulo XXIII. Cómo huir de los aduladores

No quiero dejar atrás un punto importantísimo, y un error del que los príncipes difícilmente se defienden si no son prudentísimos o si no hacen buena elección: el de los aduladores, de los cuales las cortes están llenas. Porque los hombres se complacen tanto en sus propias cosas y se engañan de tal manera con ellas, que con dificultad se defienden de esta peste; y querer defenderse a rajatabla trae consigo el peligro de hacerse despreciable. No hay otro remedio para guardarse de la adulación que permitir que los hombres entiendan que no te ofenden diciéndote la verdad; pero, si todos pueden decirte la verdad, se pierde la reverencia. Por eso, el príncipe prudente ha de tomar un tercer camino: elegir en su Estado hombres sabios y conceder solo a ellos libertad para decirle la verdad, únicamente sobre aquello que él pregunte, y no sobre otra cosa; pero debe preguntarlo todo, oír sus pareceres y deliberar por sí. Y con estos consejeros, y con cada uno de ellos, debe portarse de modo que cuanto más libremente se hable, tanto más les sea aceptable; fuera de éstos, no oiga a nadie; siga lo deliberado y permanezca firme en sus resoluciones. Quien obra de otro modo, o se despeña por los aduladores, o se muda a cada paso por la variedad de pareceres, de donde nace el poco crédito de su persona.

A este propósito añado un ejemplo moderno. Fray Luca —hombre del emperador Maximiliano— decía que Su Majestad no se aconsejaba con nadie y nunca llevaba a cabo cosa a su modo: por seguir el método contrario al aquí propuesto. El emperador, hombre reservado, no comunicaba sus designios ni pedía parecer; pero, cuando al ponerse en ejecución sus planes se descubrían, empezaban a ser contradecidos por quienes tenía alrededor, y él, por su facilidad, se apartaba de ellos. De aquí que lo que hace un día, lo destruye al siguiente; no se entiende lo que quiere o diseña hacer, y no puede fundarse nada sobre sus resoluciones. Conclusión: el príncipe debe aconsejarse siempre, cuando él quiere, no cuando los otros quieren; debe quitar el ánimo a cualquiera de aconsejarle si no se le pide; y, por su parte, ser muy preguntador y paciente oyente de la verdad; y, si entiende que alguno por algún respeto no se la dice, enojarse por ello.

Y porque algunos creen que un príncipe parecerá sabio por tener alrededor buenos consejeros, conviene añadir la regla general: los buenos consejos —vengan de quien vengan— nacen de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

Capítulo XXIV. Por qué los príncipes de Italia perdieron sus Estados

Las reglas expuestas antes —observadas con prudencia— hacen que un príncipe nuevo parezca antiguo y se afiance pronto como si fuese hereditario: los hombres miran más a lo presente que a lo pasado, y, encontrando provecho, se adhieren; así gana el príncipe la doble gloria de crear un principado y mejorarlo con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos. Por la misma razón es doble la deshonra del que, nacido príncipe, pierde el Estado por falta de juicio.

Si se examina el proceder de los príncipes de Italia que en nuestros tiempos lo perdieron —el rey de Nápoles, el duque de Milán, y otros—, se verá primero, en materia de armas, una falta común: apartarse de las reglas ya dichas. No tuvieron armas propias, confiaron en mercenarias o auxiliares, y no supieron prever ni remediar a tiempo lo que cualquiera que hubiera leído estos preceptos debía haber previsto. De aquí vino que, llegada la adversidad, carecieron de virtud para sostenerse y dejaron al azar lo que solo la previsión y el orden aseguran.

Así, donde un príncipe nuevo se consolida con buenas armas —las suyas— y buenos aliados —ganados por la reputación—, ellos descuidaron lo uno y lo otro: armas ajenas y amistades flojas. Quien observa las reglas militares (rechazar mercenarios y auxiliares; formar milicias propias; prepararse en paz), se mantiene; quien no las observa, cae. Éste es el común denominador de sus ruinas.

Conclusión: si Italia perdió tantos principados, fue por errar en las armas y por no atenerse a la prudencia operativa aquí expuesta; si alguno se mantuvo, fue porque pareció antiguo siendo nuevo, apoyándose en leyes y armas propias, y en la reputación que de ahí nace.

Capítulo XXV. Cuánto puede la fortuna en las cosas humanas y de qué modo oponerse a ella

No ignoro que muchos han creído —y creen— que los asuntos del mundo están tan gobernados por fortuna y por Dios, que los hombres más prudentes no pueden corregirlos, y que no hay remedio contra ellos; de donde se seguiría que es vano fatigarse y mejor dejarse llevar por la suerte. Esta opinión ha ganado crédito en nuestros tiempos por mudanzas extraordinarias fuera de todo cálculo humano. Con todo, para que no se anule nuestro libre albedrío, juzgo que la fortuna sea árbitra de la mitad de nuestras acciones, dejándonos la otra mitad —o poco menos— en gobierno. Y la comparo a uno de esos ríos devastadores que, cuando se embravecen, inundan las llanuras, derriban árboles y edificios, arrancan la tierra de un sitio para ponerla en otro; todos huyen delante de ellos y ceden a su ímpetu, sin poder pararlos. Pero, aunque sean así, no por eso dejan los hombres, en tiempos quietos, de prevenirse con diques y malecones, de modo que, crecido el río, o vaya por canal, o su furia no sea tan licenciosa ni dañosa. Lo mismo ocurre con la fortuna: descarga su poder donde no halla virtud ordenada para resistirle; allí vuelve sus ímpetus donde sabe que faltan diques y reparos para contenerla. Italia —campo sin ribazos— ha sido sede de tales variaciones; si hubiera estado defendida con virtud conveniente como Alemania, España o Francia, o la avenida no habría producido mudanzas tan grandes, o no habría venido.

Reduciéndome al particular, vemos hoy prosperar a un príncipe y mañana arruinarse sin que parezcan cambiar su naturaleza o cualidades. Ello nace, primero, de lo ya dicho: quien se apoya todo en la fortuna cae cuando ella varía; y, además, de que es feliz quien conforma su modo de proceder a la calidad de los tiempos, e infeliz quien disuena con ellos. Hay quien llega a su fin con respeto y quien lo hace con ímpetu; uno por fuerza, otro por arte; uno con paciencia, otro con su contrario: diversos modos pueden conducir al mismo fin. Pero, mudados los tiempos, peligra quien no muda el método; y no hay hombre tan prudente que sepa acomodarse a ello del todo, porque no puede apartarse de lo que la naturaleza le inclina y porque, habiendo prosperado por un camino, no se persuade de que convenga dejarlo. Así, el respetuoso, cuando toca impetuosidad, no sabe hacerlo y se pierde; si variase con los tiempos y con las cosas, no variaría su fortuna. Julio II procedió siempre con ímpetu y halló los tiempos y las cosas conformes a su modo, de donde resultaron éxitos felices; pero, si hubiesen sobrevenido tiempos que pidiesen andar con respeto, le habría venido ruina, porque no se habría desviado de

su natural. Concluyo, pues: variando la fortuna, y permaneciendo los hombres en sus modos, son felices mientras concordan con el tiempo; discordando, son infelices. Y juzgo que es mejor ser impetuoso que respetuoso, porque la fortuna es mujer y, queriendo tenerla sujeta, hay que batirla y empujarla: se deja vencer más por los audaces que por quienes proceden con frialdad; por eso, como mujer, es amiga de los jóvenes, que son menos respetuosos, más feroces y con más audacia le mandan.

Capítulo XXVI. Exhortación para liberar a Italia de los bárbaros

Después de considerar cuanto queda dicho, me pregunté si en Italia, hoy, concurren las circunstancias para que un príncipe nuevo alcance gloria; y si se halla lo necesario a un varón prudente y virtuoso para introducir nuevos órdenes, con los cuales, honrándose a sí mismo, haga dichosos a los italianos. Me respondí que sí: son tantas las condiciones favorables, que difícilmente podría hallarse momento más oportuno. Si, como dije, para que Moisés mostrase su virtud fue menester que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto; para que Ciro brillase, que los persas fuesen oprimidos por los medos; y para que Teseo se revelase, que los atenienses estuviesen dispersos; asimismo, para que se conozca la virtud de un ánimo italiano, convenía que Italia llegase al extremo en que hoy yace: más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas, más desordenada que los atenienses; sin jefe ni leyes, despojada y escarnecida, invadida y despedazada.

A veces pareció que algún hombre, enviado por Dios, estaba llamado a redimir estas tierras; mas la fortuna lo abandonó en lo más alto de su curso. Así, Italia, casi exánime, espera a quien cierre las expoliaciones de Lombardía, las exacciones del Reino y de Toscana, y cauterice llagas tan antiguas. Vedla cómo ruega a Dios que le envíe un redentor; vedla pronta y dispuesta a seguir una bandera apenas haya quien la enarbole. No se ve hoy en quién confiar más que en vuestra ilustre casa —por fortuna y virtud, amada de Dios y de la Iglesia, de la cual ahora es príncipe— para

hacerse cabeza de esta redención. Y no os parecerá difícil, si tenéis presentes las vidas y obras de los príncipes antes citados: fueron raros, pero hombres; y ninguno alcanzó ocasión tan favorable como la presente; ni más justa, ni más fácil, ni con Dios más benigno. Iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est.

De aquí que no deba dejarse pasar la ocasión para que Italia vea, tras tanto tiempo, aparecer un redentor suyo. No puedo decir con qué amor sería recibido en todas las provincias que han padecido estas avenidas externas, con qué sed de venganza, con qué fe obstinada, con qué piedad, con qué lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano le negaría acatamiento? A todos les repugna este dominio bárbaro. Tome, pues, vuestra casa, esta empresa con el ánimo y la esperanza con que se acometen los asuntos justos: bajo su enseña, se ennoblecerá esta patria y, bajo sus auspicios, se verificará aquello de Petrarca:

Virtud contra el Furor tomará las armas, y el combate será breve; pues el antiguo valor en los corazones itálicos no ha muerto.

Epílogo editorial

Este Príncipe avanza desde la tipología del poder (antiguos/hereditarios, mixtos, nuevos: caps. I–XI) hacia la ingeniería de su conservación, cuyo fundamento son siempre armas propias y buenas leyes (XII–XIV). En la segunda mitad, Maquiavelo fija la ética funcional del mando: la "verdad efectiva de la cosa" (XV), la preferencia por la parsimonia frente a la liberalidad ostentosa (XVI), la severidad sin odio (XVII), la fe como apariencia útil (XVIII), la gestión de odio/desprecio y de conspiraciones (XIX), la política de fortalezas y facciones (XX), la reputación activa (XXI) y la arquitectura del consejo y de la corte (XXII–XXIII). El tramo final cierra el círculo: por qué cayeron los príncipes italianos (XXIV), cuánto puede la fortuna y cómo oponérsele (XXV), y la exhortación a liberar Italia (XXVI), donde la materia doctrinal se convierte en programa histórico.

Traducción al español del Dr. Jorge Fymark Vidovic López; edición y sello editorial: Ediciones Clío. Esta publicación se ha preparado a partir del texto italiano de Il Principe de Niccolò Machiavelli, cotejado minuciosamente con un ejemplar digitalizado en italiano adjunto por el editor. Durante la preparación se verificaron títulos, capitulados y pasajes característicos —en particular el Prólogo "Al Magnífico Lorenzo de' Medici", el índice y los Capítulos XV-XXVI—, conservando la periodización, el léxico político original y un pulso castellano sobrio y preciso. La obra de Maquiavelo, compuesta a comienzos del siglo XVI y publicada por primera vez en 1532, pertenece al dominio público mundial. Además, la edición italiana decimonónica utilizada (1842) constituye una fijación anterior a los regímenes modernos de derecho de autor, lo que refuerza su condición de dominio público. No obstante, esta edición incorpora una traducción íntegra y original, revisión filológica, posible aparato de notas y maquetación específicos, que constituyen una obra derivada protegida. © 2025, Dr. Jorge Fymark Vidovic López y Ediciones Clío. Todos los derechos reservados para la traducción y los materiales editoriales de la presente edición, publicada en esta colección.



Publicación digital de Fundación Ediciones Clío.

> Maracaibo, Venezuela, Octubre de 2025



Mediante este código podrás acceder a nuesto sitio web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

El Príncipe de Nicolás Maquiavelo es un tratado fundacional del pensamiento político moderno que rompe con la moral tradicional para analizar el poder desde la realidad efectiva. Escrito en pleno Renacimiento italiano, ofrece una guía pragmática sobre cómo adquirir, conservar y ejercer el gobierno, distinguiendo entre principados hereditarios y nuevos, y subrayando la importancia de las armas propias, la prudencia y la capacidad de adaptación. Maquiavelo defiende una ética funcional donde la apariencia de virtud puede ser más útil que la virtud misma, siempre que el fin sea la estabilidad del Estado. Esta edición recupera la claridad y fuerza del texto original para el lector contemporáneo.

Dr. Jorge F. Vidovic Director Fundación Ediciones Clío ORCID: https://orcid.org/0000-0001-8148-4403



